

Aireny Pérez
Alonso

*La filosofía y la teoría
del hombre de Roberto
Agramonte*

En la meditación de la obra de Roberto Agramonte hay filosofía —además de la realizada en el campo de la historiografía filosófica. Tuvo conciencia de la continuidad en la apertura respecto de la tradición que le había precedido desde José Agustín Caballero a Enrique José Varona. Precisamente en relación con el escepticismo de tipo metódico de este último destacó:

trascender este escepticismo creador por medio de una nueva concepción ajustada a nuestro tiempo sobre la perdurabilidad de nuevos valores atinentes a la obra del hombre, y a base de una mayor confianza en su facticidad, esa es, nada menos la tarea filosófica que se nos impone a la generación que subsiguió al Maestro. Esa es la obra que el destino traza a nuestra conciencia filosófica.¹

¹ Roberto Agramonte: «Los grandes momentos de la filosofía cubana», (conferencia pronunciada en el Colegio Libre de Estudios Superiores de Buenos Aires, el 3 de octubre de 1950), Departamento de Intercambio Cultural de la Universidad de La Habana, La Habana, 1950, p. 15.

Esta tesis implicaba también para él continuidad en la ruptura, es decir, superación de las limitaciones del biologismo y naturalismo varonianos, pero conservando la preocupación por el hombre, su condición humana, la facticidad demostrativa y los valores afirmativos, sobre todo en función de la realidad concreta, ya fuese nuestra América o Cuba. Concibió la filosofía como un universal concreto-situado, con sus «problemas y métodos de trabajo»² generales. Asimismo, «bien tamizada magníficamente por nuestra propia y vital experiencia y aplicada ceñidamente a orientar y dar solución a nuestros problemas»,³ mediante la acción dignificadora en sus varias manifestaciones, por eso explicitó que la filosofía es un conocimiento de salvación laica y social.

No es casual que al valorar la trayectoria de la filosofía en Cuba puntualizara desde el historicismo que «el pensamiento es un agente catalizador con potencia milagrosa capaz de disgregar todo un ciclo político, económico, social e ideológico de rutina, y de reorganizarlo sobre bases distintas. En cada sociedad, en efecto, lo que se piensa, lo que se cree, lo que se siente, dinamos de la acción subsecuente, está interna y subrepticamente escindido a causa de contradicciones determinadas por antagonismos de grupos, producidos, a su vez, por discrepancias en la manera de concebir no solo la realidad material —lo económico, lo existencial—, sino también la realidad trascendental, esferas que suelen tácitamente conexas. Las ideas de los pensadores —especialmente en las épocas críticas, de transición o prerrevolucionarias— no suelen nacer como *prolem sine matre creatam*, como criaturas de la nada, sino que están consignadas al contexto social. Los modos diferentes de experimentar —de padecer, de gozar— de los bienes, entre los individuos o grupos de una determinada sociedad, condicionan diversos rumbos históricos».⁴ Agramonte apreció con justeza que lo mejor de «la historia del pensamiento

² Roberto Agramonte: «Situación de la filosofía cubana», en *Revista Cubana de Filosofía*, La Habana, Vol. 1, No. 4, enero-junio de 1949, p. 4.

³ Ídem.

⁴ _____: «Prefacio a la filosofía cubana», *Revista Cubana de Filosofía*, La Habana, Vol. 1, No. 3, enero-diciembre de 1948, p. 9.

filosófico cubano es una marcha del espíritu hacia la autorrealización de la idea de libertad y hacia la sustitución de una fe muerta por una fe viva».⁵ De aquí que «la mejor filosofía cubana surge inmersa de escepticismo creador, como producto de una *skepsis* de gran estilo. Así se advierte en *Luz*, en Varela, en Varona [...]. No de escepticismo fútil, negativo; es que los más grandes escépticos fueron los hombres más afirmativos y valerosos, que repudiaron sólo precisamente las negaciones que obstaban la inteligencia y la voluntad en su libre juego; ellos combatieron sólo el error que obceca, la ignorancia que degrada, la crueldad que tortura, el odio que mata».⁶ Por eso concluyó que «el modo ideológico de la pre y la emancipación [cubanas] es constitutivamente empírico, liberal, positivo, progresista, evolutivo, humanista».⁷ Así caracterizó a rasgos el pensamiento filosófico y político de la línea Varela/Luz/Varona/Martí que desembocó en lo mejor del pensamiento filosófico del siglo xx.

Al profundizar en la caracterización de la filosofía argumentó que era «un saber crítico, reflexivo, consciente y responsable»,⁸ que implica a su vez una «crítica del conocimiento»⁹ como «ciencia [o teoría] de la participación»,¹⁰ por cuanto «la filosofía nos enseña a vivir la vida con la conciencia plena de la vida»,¹¹ y a «cultivar la propia razón y la de los demás».¹² Es decir, para él la filosofía es expresión del *logos*, un *logos* concreto que como verbo conllevaba la acción para el mejoramiento o transformación de lo humano.

Situado en esta perspectiva teórica la filosofía era centro de una determinada concepción del mundo, síntesis de lo diverso

⁵ *Ibid.*, p. 6.

⁶ *Ibid.*, p. 9.

⁷ *Ibid.*, p. 6.

⁸ *Ídem.*

⁹ *Ibid.*, p. 20.

¹⁰ Roberto Agramonte: «El filósofo y la comprensión internacional» (trabajo leído el 11 de enero de 1950 en la Mesa Redonda de la Unesco, en el Tercer Congreso Interamericano de Filosofía celebrado en México), La Habana, Departamento de Intercambio Cultural de la Universidad de La Habana, 1950, p. 7.

¹¹ _____: *Programa del curso de filosofía moral*, Imprenta La Milagrosa, La Habana, 1928, p. 11.

¹² _____: *La biología contra la democracia. Ensayo de solución americana*, Imprenta La Milagrosa, La Habana, 1927, p. 108.

que regula el comportamiento humano ante la realidad múltiple y cambiante. Manifestó que «cada hombre y cada pueblo [...] hacen inteligibles, al menos, cuando no lo manifiestan con máxima fuerza de expresión, su intransferible actitud hacia la vida por medio de ciertos principios que en definitiva reglan su conducta. Por necesidad psicológica ellos consolidan en ideas su visión entrañable del mundo, y así cada vida personal o colectiva – grupo social, pueblo, humanidad – se dota de significación. Cuando esta tarea se logra de manera elaborada y cabal, se traduce en una concepción del mundo. Cuando es más modesta – como sucede en no pocos hombres representativos de nuestro pensamiento – toman la forma de actitud filosófica, que no por serlo es menos vital, válida, significativa, útil».¹³

Si bien la filosofía conllevaba una *weltanschauung*¹⁴ como cierta regularidad universal, esta se ajustaba a cada época, pueblo y nación de modo peculiar. Ante las filosofías que postulaban una concepción absoluta del mundo, de una vez y para siempre, incluido el mundo social, realizó una consistente crítica. Cuestión que puntualizó para el análisis de la filosofía en Cuba al escribir que «a cada época histórica constitutiva del proceso de formación de nuestra nacionalidad, ha correspondido un tipo de concepción del mundo, de *weltanschauung*, o al menos, una actitud filosófica»,¹⁵ lo cual es cierto, y sirve de indicativo para la investigación de la trayectoria de la filosofía cubana hasta la actualidad.

En esta misma dirección aclaró que «la cuestión de la siempre anhelada originalidad debe ser contrapesada por la de la funcionalidad de las ideas ante su propia circunstancia».¹⁶ Igualmente refirió las virtudes de las funciones de la filosofía,¹⁷ entre ellas explicitó la ya referida a la concepción del mundo, la histórica, la cognoscitiva, la crítica-valorativa, la emancipatoria o libertaria, la antropológica, la función social, entre otras principales.

¹³ Roberto Agramonte: «Prefacio a la filosofía cubana», ob. cit., p. 4.

¹⁴ Ídem.

¹⁵ _____: *Los grandes momentos de la filosofía cubana*, ob. cit., p. 3.

¹⁶ *Ibíd.*, p. 4.

¹⁷ _____: «Prefacio a la filosofía cubana», ob. cit., p. 4.

Para Agramonte la filosofía tenía por excelencia una función social en más de un sentido, como se ha venido apuntando. Subrayó en más de una ocasión que «a los cambios en nuestra circunstancia político-social están correlacionados cambios en las maneras de pensar. Nuestra filosofía americana no está separada del entramado de nuestra vida, no es una planta de invernadero. De ahí la necesidad de tomar en consideración la naturaleza sociológica de nuestro pensamiento»,¹⁸ tesis que se confirma en la investigación realizada del pensamiento filosófico latinoamericano y cubano, sin obviar otros ámbitos de la filosofía en esta región incluidos la teoría del conocimiento, la teoría de los valores o la antropología filosófica. Desde otro ángulo de la teoría sostuvo que «la sociología es en esencia un estudio de las categorías sociales, y ello constituye una alta tarea filosófica»,¹⁹ dimensión de su pensamiento sociológico no estudiada suficientemente, ya que los pocos que existen son simplistas²⁰ y reduccionistas, lastrados por el esquematismo dogmático.²¹

La concepción teórica de continuidad en la apertura le permitió afirmar en la década de los cuarenta del pasado siglo: «nuestra generación ha entrado en el vórtice de esta fase [republicana]. Ha presenciado dos guerras mundiales en el mundo político. En lo filosófico se muestra una preferencia por los problemas de la filosofía de la vida, por la doctrina de los valores muy asible para reenquiciar una época de crisis como la nuestra, al menos en la órbita inasible del pensamiento; por un mayor calado en los temas de la filosofía humanista, al considerar el hombre como la instancia suprema de todo meditar; y un interés marcado por la cuestión de la filosofía de y para América, de y para Cuba [...]. Una explicación de lo indicado sería objeto de

¹⁸ *Ibíd.*, p. 5.

¹⁹ Roberto Agramonte: *Introducción a la Sociología*, Cultural S. A., La Habana, 1944, p. 21.

²⁰ Olga Durruthy: «Roberto Agramonte Pichardo», en Pablo Guadarrama González y Miguel Rojas Gómez (coords.): *La condición humana en el pensamiento cubano del siglo xx*, (Segundo tercio de siglo xx), t. 2, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2012, pp. 310-322.

²¹ Mirta Casañas Díaz: «El sociologismo de Roberto Agramonte», en Pablo Guadarrama González y Miguel Rojas Gómez. *El pensamiento filosófico en Cuba en el siglo xx: 1900-1960*, segunda edición, Editorial Félix Varela, La Habana, 1998, pp. 160-162.

un trabajo ulterior sobre la filosofía y nuestro ámbito».²² Conclusión importante, pues estas filosofías acontecieron en el panorama filosófico cubano de la primera mitad del siglo xx.²³ Como se destaca en lo referido, para Agramonte el centro del filosofar auténtico debe tener como principio y función principales el humanismo, no abstracto, sino concreto, en función de una filosofía de y para América, de y para Cuba. Razón por lo cual impugnó filosofías antihumanistas y apologéticas de dictaduras como la de Alberto Lamar Schweyer que enaltecían la personalidad caudillesca o tiránica.

Con sólidos argumentos pulverizó cada una de las tesis principales de Lamar Schweyer planteadas en *Biología de la democracia*. Su libro *La biología contra la democracia. Ensayo de solución americana*, de 1927, es un anti-Lamar, «un libro de combate surgido de las necesidades del momento»²⁴ como fundamentó el propio Agramonte. El profesor de Filosofía Moral puntualizó las inconsistencias de Lamar Schweyer al indicar el carácter seudocientífico de su teoría sobre la gran personalidad, al desconocer éste la noción de los factores sociales y el papel del pueblo en los procesos sociales e históricos ante la asunción de las tesis del superhombre y la voluntad de poder de Nietzsche. Afirmó: «¿Qué daño ha hecho Nietzsche en los espíritus fáciles de sugestionar?».²⁵ En actitud filosófico-política fustigó la tesis de la necesidad del superhombre y la dictadura para América Latina y Cuba. Sostuvo que «todos los dictadores del mundo han sido malhechores del género humano, desde el bárbaro García Moreno hasta el protococo de Caamaño, desde el inicial gaucho de Rosas hasta el siniestro de Francia, desde el arbitrario de Leguía hasta el inhumano de Juan Vicente Gómez»,²⁶ y otros. En ese entonces, su crítica estaba dirigida no solo a Lamar Schweyer como teórico de la dictadura de Machado sino contra el propio tirano Machado.

²² Roberto Agramonte: «Prefacio a la filosofía cubana», Ob. cit., p. 11.

²³ Cfr. el libro coordinado por Pablo Guadarrama González y Miguel Rojas Gómez. *El pensamiento filosófico en Cuba en el siglo xx: 1900-1960*, ob. cit., pp. 75-337.

²⁴ Roberto Agramonte: *La biología contra la democracia. Ensayo de solución americana*, ob. cit., p. 9.

²⁵ *Ibíd.*, pp. 54-55.

²⁶ *Ibíd.*, p. 93.

La impugnación del reaccionarismo lamariano-machadista hizo que el libro de Agramonte fuese «cálidamente acogido por la juventud»²⁷ progresista, como refirió Raúl Roa.

Si Agramonte afirmó en relación con la filosofía de Varona que en la misma había una antropología filosófica, lo mismo se puede decir de él. En torno a la concepción del hombre señaló que «el hombre aislado e individual es una abstracción, y lo real es la humanidad: al margen de la existencia social el hombre es una máquina inútil».²⁸ De modo contundente refutó «el individualismo feroz de Nietzsche»²⁹ que propugnó Lamar Schweyer, pero su impugnación fue contra todo individualismo como hiperbolización de la individualidad. En crítica a las éticas individualistas que exacerbaban lo individual subrayó categórico el postulado de «el individuo como ser social»,³⁰ argumento coincidente con el ideal de hombre de Marx en los *Manuscritos económicos y filosóficos* de 1844. Su máxima, la de Agramonte, es que «todo hombre es hombre»³¹ porque es social, «toda nuestra vida se enlaza íntimamente con la vida de los demás hombres: no nos podemos desprender de esta comunicación».³²

El hecho de que defendiese el individuo como ser social no conllevaba a que diluyera la individualidad en lo social o la comunidad, porque reconoció el papel de la personalidad, la cual se define como un hombre histórico concreto, socialmente condicionado e individualmente expresado. Expuso: «yo, como permanente, soy el fundamento de mi propiedad de cambiar, y yo, como temporal y actual, soy el fundamento de mis mudanzas»,³³ en reconocimiento de lo individual. Esclareció que «el peligro de la libertad individual solo podría consistir en el peligro de que el filósofo no asumiese sus responsabilidades sociales, no puede ser *liberum arbitrium indifferentia*».³⁴ Punto de vista

²⁷ Raúl Roa: «Una semilla en un surco de fuego», en *Retorno a la alborada*, t. I, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1977, p. 124.

²⁸ Roberto Agramonte: «Filosofía cubana de las postrimerías», en *Revista Cubana de Filosofía*, La Habana, Vol. 1, No. 2, abril-mayo-junio de 1947, p. 8.

²⁹ _____: *La biología contra la democracia. Ensayo de solución americana*, ob. cit., p. 187.

³⁰ _____: *Programa del curso de filosofía moral*, ob. cit., p. 209.

³¹ _____: *La biología contra la democracia*, ob. cit., p. 108.

³² Ídem.

³³ _____: «Filosofía cubana de las postrimerías», ob. cit., p. 7.

³⁴ Roberto Agramonte: «El filósofo y la comprensión internacional», ob. cit., p. 9.

humanista que le condujo a refutar la idea de que el hombre es malo por naturaleza, que viene del postulado *homo homini lupus est*. Enfático planteó que «si el hombre es por naturaleza egoísta, es también por naturaleza altruista y benevolente. El objeto de la moral es conocer la naturaleza humana, para instituir normas a tenor de las cuales se pueda modificar, dirigirla y perfeccionarla».³⁵ Con lo cual dejó sentado que la cuestión del mal o el bien no era un problema de naturaleza metafísica del hombre, sino de su naturaleza bio-social, de una condición humana determinada de manera histórica y social. Y respondió que «el factor cooperación es más que el factor lucha»³⁶ por la existencia, recordó que la concepción de la cooperación está en el propio Darwin, la cual es una ley histórica de avance de la humanidad.

Uno de sus principios filosófico-sociales fundamentales es que «el "ethos"³⁷ sale del encasillamiento de lo individual para procrearse en lo social». Y no es baladí puntualizar que aquí el concepto ethos, en su acepción griega, remite a pueblo, comunidad histórico-social. Para Agramonte existe una ley histórico-social que consiste en la interacción personalidad/pueblo, sin subsumir ninguna de las entidades en la otra, otorgándole mayor relevancia en las transformaciones sociales al pueblo.

Al caracterizar el pueblo³⁸ destacó que es «unidad de conciencia social», de «los intereses que unen», «nucleación social», «unidad de voluntad» soberana y actor de los cambios político-sociales. Tanto en sus ensayos y libros de carácter filosófico como en los de sociología puntualizó: «Hay más, cada sistema nuevo de ideas es expresión del [...] colectivo del grupo oprimido, cuyas emociones están reprimidas; aquél contiene ¿a manera de panacea? la transformación urgida del orden vigente, poniendo la utopía al lado de la topía, aquél diagnostica la situación real, vivida, y dicta el curso posible de la acción. Las acciones colectivas de un pueblo son efectos del dinamismo de ese inconsciente reprimido».³⁹

³⁵ _____: «Filosofía cubana de las postrimerías», ob. cit., p. 6.

³⁶ Ibid., p. 16.

³⁷ _____: *Programa del curso de filosofía moral*, ob. cit., p. 5.

³⁸ Ibid., p. 171.

³⁹ Roberto Agramonte: «Prefacio a la filosofía cubana», ob. cit., p. 10.

En discrepancia con la teoría del culto a los héroes de Carlyle y el superhombre de Nietzsche y de sus epígonos latinoamericanos como Lamar Schweyer en Cuba o Vallenilla Lanz en Venezuela, subrayó que «la teoría del grande hombre es imperfecta, por dos razones: primera, porque es el medio social el que da la oportunidad al grande hombre para desarrollar su genio. Si el medio social no se hace eco de sus ideas e innovaciones, estas se pierden en el vacío [...]. Para los grandes adelantos de una sociedad, el genio es esencial, pero, como muy bien advierte Hankins, es la coyuntura social la que abre ante sí el problema que él resuelve. En segundo lugar, lo que un hombre de genio es, lo ha logrado debido a que generaciones anteriores han trabajado en esa misma línea».⁴⁰ Magistral demostración fehaciente que revela la interacción personalidad histórica/pueblo de modo irrefutable. Como también queda cuestionada, puesta en entredicho, la formulación de Mirta Casañas en cuanto a que Agramonte «exaltaba el papel del líder o la personalidad en la historia. De este modo negaba el papel de las masas populares en el curso del desarrollo social».⁴¹ Resulta todo lo contrario, porque desde las obras de su juventud hasta las de senectud puntualizó que «el grande hombre no puede hacer nada sin el ambiente favorable (Napoleón, César, Bolívar). Solo puede adelantar un acontecimiento, pero no producirlo»,⁴² lo cual ratifica la idea de que el principal sujeto de la historia es el pueblo.

Su profesión de filosofía política fue la democracia que arraigara en el pueblo, de aquí que subrayase que «la democracia es gobierno del pueblo, por el pueblo, en función de una aristarquía, para los intereses del pueblo».⁴³ Una democracia en aras de «la igualdad, que es la forma que condiciona toda experiencia humana»,⁴⁴ tanto en la participación política como en la equidad económica, lo social, lo cultural y lo educativo.

⁴⁰ Roberto Agramonte: *Sociología*, t. I, quinta edición, Cultural S. A., La Habana, 1949, p. 28.

⁴¹ Mirta Casañas Díaz: «El sociologismo de Roberto Agramonte», ob. cit., p. 162.

⁴² Roberto Agramonte: *La biología contra la democracia. Ensayo de solución americana*, ob. cit., p. 101.

⁴³ *Ibíd.*, p. 158.

⁴⁴ *Ibíd.*, p. 16.

Teoría que se conjugó con su postura de oposición a las tiranías en Cuba y América Latina, y como uno de los miembros principales del Partido Ortodoxo, del que llegó a ser uno de sus dirigentes principales tras la muerte de Eduardo Chibás.



Santuario Nacional de la Virgen de la Caridad del Cobre